

UN VIAJE DE IMPRESIONES

BENITO PÉREZ GALDÓS

canarias
eBook



La ciudad
de
Galdós

EDICIÓN ESPECIAL I CENTENARIO



canarias eBook



UN VIAJE DE IMPRESIONES

EDICIÓN ESPECIAL I CENTENARIO GALDOSIANO

Canarias,
la tierra de Galdós



Centenario de
**Benito
Pérez
Galdós** 2020



CRÉDITOS

1ª edición, DICIEMBRE de 2019

© de los textos: Benito Pérez Galdós Y Teófilo Martínez de Escobar

© de la ilustración de cubierta: CanariaseBook

© de esta edición: CanariaseBook / Cam-PDS Editores SL

© del ebook: CanariaseBook / Cam-PDS Editores SL

ISBN: Edición no venal

Revisión de ortografía y estilo: CanariaseBook / Cam-PDS Editores SL

Traducción al inglés: Sergio Rodríguez Medina

Edición de CanariaseBook / Cam-PDS Editores SL

C/ Domingo J. Navarro, 23

35002 • Las Palmas de Gran Canaria

Tfno.: 928 054 344 • Móvil: 695 571 983

ediciones@canariasebook.com

CONTENIDO

Créditos

Contenido

Una noche a bordo

Nueve horas en Santa Cruz de Tenerife

A Night on Board

Nine Hours in Santa Cruz de Tenerife

Gentileza

CAPÍTULO 1

UNA NOCHE A BORDO

Benito Pérez Galdós

El mar está hinchado, revuelto y tan inquieto como los que van a entregarse a él.

Nuestro espíritu está lleno de abatimiento porque el despedirse para un largo viaje es lo más desabrido y fastidioso que puede imaginarse. Parece que en nuestro pecho sentimos un cuerpo extraño que se ensancha impidiendo nuestra respiración. Una especie de manzana prohibida se atraviesa en nuestra garganta cortándonos la palabra.

Así es que creemos decir el último adiós a un amigo y no hacemos más que temblar como un atacado del mal de San Vito balbuciendo algunas palabras sin sentido mientras nuestra mano convulsa estrecha algo que no sabe si es mano o pie o guijarro.

No sabemos ni a dónde mirar ni cómo andar ni si sonreírnos o lloramos porque la boca y los ojos encargados de manifestar nuestros afectos se contraen y dilatan de un modo no muy académico, produciendo en nuestra fisonomía graciosas muecas que hacen desternillar de risa a quien no se despide.

Bajamos los escalones del muelle.

Si estos crueles escalones se subieran en vez de bajarse, me parecería que subía a un patíbulo. La guillotina no me causa más horror que un mar revuelto.

Al fin me siento como un ajusticiado en el banquillo de la lancha, pero ¡qué tumbos, Dios mío! ¡Qué subir y bajar tan molesto!

Al pulsar la barra del muelle los movimientos eran tan repetidos y bruscos que no las tenía todas conmigo. El vértigo que esta travesía me causaba me impedía ver los pañuelos blancos que agitaban en el muelle manos amigas.

La impresión que me produce el rudo hundimiento del bote es tan extraña y desagradable que instintivamente me llevo las manos al vientre para detener mis entrañas, que parecen querer subírseme a las barbas.

No tengo manos sino para asirme fuertemente a la borda de la embarcación; no tengo boca sino para escupir una saliva amarga y pegajosa, primer síntoma del mareo; no tengo ojos sino para medir con avidez la distancia que me separa del buque.

Al fin llegamos al vapor, subimos con trabajo y nos señalan nuestro camarote. Arreglamos nuestros equipajes y subimos a la cubierta.

Entonces principia una terrible lucha entre el estómago y la imaginación: el estómago que quiere salirse de sus quicios y la imaginación que se empeña en tranquilizarlo. No hay en el mundo sensación tan cruel como la que produce esta pugna terrible. Un dolor violento, agudo, prolongado se apodera de las regiones del hígado como si el buitre de Prometeo estuviera ensañándose en él. En vano queremos hacernos valientes y echarla de marinos haciendo de tripas corazón; en vano intentamos dar un paseo por la cubierta mirando con indiferencia el mar, el buque, los marineros y la arboladura como quien está familiarizado con todas estas cosas. ¡Qué terrible es el momento en que decimos: «Si yo no he de marear, ¿por qué?», «si yo no estoy revuelto». Qué insípidos son los siguientes diálogos.

—¿Está usted revuelto?

—No señor. ¿Y usted?

—Todavía estoy firme. Yo creo que no marearé.

—Yo me encuentro bien.

Pero allá, en lo profundo del estómago, en la región donde se está verificando el más horroroso cataclismo, escucho una vocecilla burlona y sarcástica que me dice: «Marearás...». Y no puedo sustraerme a la influencia de esa voz. En vano procuro distraerme. En vano evoco recuerdos agradables, y hasta poéticos... Todo es inútil.

¿Hay señoras? Sí, pero qué importa si su amable conversación, su galantería, su finura no nos pueden librar de este terrible mal. Ni la voluptuosa cuadrilla de Venus, ni los satélites de Calipso, ni toda la turba de náyades de la mitología, ni todas las ondinas del Rin, ni todas las mujeres seductoras de este mundo desde Asparia y Lais hasta Ninon de Lenclos y la Dama de las Camelias lograrían excitar mi enervada materia, ni hacer entrar en caja mi dislocado espíritu.

Sin embargo, saco fuerzas de flaqueza; me incorporo y trato de sostener un diálogo con una amable señorita

de Tenerife que venía en nuestra compañía.

—¿A dónde va usted?

—A Santa Cruz.

—¿Es usted de allí?

—Sí, señor.

—Tendrá usted deseos de ver a su familia.

—¡Oh!, sí, muchos.

—Es natural, ¿y le ha gustado a usted Canaria?

—Ya lo creo. Muchísimo.

—¿No irá usted hablando mal de nosotros?

—¡Qué disparate! Todo lo contrario. Ustedes son muy amables, muy simpáticos y muy...

—Ya, ya.

La conversación gira sobre música y un majadero (yo) se empeña en que ha de cantar una malagueña otra señorita que nos acompañaba. Era graciosa, bonita, diminuta: uno de estos tipos espirituales, sencillos, llenos de candidez y agudeza, de inocencia y coquetería que han inspirado a Goethe su Margarita y a Víctor Hugo su Cosette. La sirena que tal vez sufría en aquel momento los mismos prosaicos retortijones que nosotros se resistía a cantar a pesar de nuestros ruegos.

—Lo hago muy mal —decía.

—¡Qué modestia!

—Estamos en confianza. Yo también cantaré si usted se empeña, pero no nos prive usted del placer de escuchar su linda voz.

—¡Linda voz! Ja, ja, si parezco un...

—Vamos, no se haga usted de rogar... Aunque no sea sino un par de compases...

Y la infeliz muchacha, cansada de oírnos y tal vez por cortar nuestras impertinentes súplicas, abría la boca y se preparaba a complacernos y nosotros ansiosos de oírla éramos todo orejas cuando principia a andar el buque; la mar se hincha; la máquina comienza a batir su interminable compás, el buque se agita como una batuta en manos de un director de orquesta y nuestros oídos principian a oír la atronadora sinfonía cuya primera nota suena al levante del buque y no concluye hasta que fondea. El viento, el vapor, las cuerdas, la máquina, el timón, todo se sujeta a un misterioso ritmo produciendo la más extraña de las armonías.

Todo esto se me ocurre durante los primeros vértigos del mareo, mientras me agarro a la borda para rendir tributo a Neputno como decía un buen jesuita que nos acompañaba.

Bajamos a la cámara, verdadero calabozo destinado a hacer teatro de nuestro sufrimiento, y cada uno se encaminó a su camarote con ánimo de dormir y propósito firme de no marear.

Encajonado en aquella especie de ataúd malsano estrecho, sobre aquel colchón duro que no encontraría rival sino en el famoso jergón donde reposó sus apaleados miembros el caballero de La Mancha en la tormentosa noche de los yangüeses, me daba yo a los mil diablos sudando gotas de sudor tan gordas como avellanas. Me revolví en aquel chiribitil sin poder conciliar el apetecido sueño, recurriendo a cada paso a desocupar mi vientre del insubornado kilo que lo atormentaba.

¡Cómo se altera la correcta unidad de nuestra simetría en estos horribles momentos! ¡Qué extravagantes muecas! ¡Qué contracciones tan violentas acompañan a ese hipo doloroso, nauseabundo, histérico, que sucede al mareo...! ¡Qué lágrimas de acíbar se derraman en este trance fatal!

Yo, en semejantes situaciones, acostumbro traer a la imaginación lo más bello, lo más pintoresco, lo más incompatible según mi modo de ver con el mar y sus dolorosas peripecias.

Para mí las delicias del campo son diametralmente opuestas al espectáculo del mar por poético que parezca algunas veces. Así es que cerraba los ojos y me figuraba ver una casita de campo, un árbol frondoso, unas cuantas flores, una vaquita, un perro y componiendo un delicioso cuadro me consideraba habitante de este paraíso. Procuraba engañar mis sentidos con aromas imaginados, con sonidos producidos en mi cerebro; quería detener el movimiento del buque con mis trémulas manos; pero todos los esfuerzos de mi imaginación eran inútiles: un ruido estrepitoso suena en la cámara; el letargo en que principiaba a sumergirme desaparece. Cayó por tierra el castillo de naipes de mis ilusiones campestres porque estas ilusiones en alta mar y ante un cielo que se mueve y un piso que parece huir de nuestros pies serán muy bellas, pero son ilusiones que se presentan siempre de patas arriba.

Pasó por fin aquella desastrosa noche y el Almagóvar fondeó en el puerto de Santa Cruz. Saltamos a tierra

alegres, pero pensando que tendríamos que realizar dentro de algunas horas una travesía más larga y más penosa.

No volvimos a ver a nuestras bellas compañeras de viaje, Santa Cruz con sus espaciosas calles y su numerosa concurrencia absorbió completamente nuestra atención. En el próximo capítulo procuraremos describir la fisonomía de la culta capital de las Islas Canarias.

CAPÍTULO 2

NUEVE HORAS EN SANTA CRUZ DE TENERIFE

Teófilo Martínez de Escobar

Yo no sé si necesito describir a mis lectores lo que es el puerto de Santa Cruz y su muelle para que puedan formar una justa idea de lo que es la capital de las Canarias por fuera y lo que podrá ser vista de dentro, pero de todos modos allá va.

El puerto de Santa Cruz no es otra cosa que una rada abierta a todos los vientos menos al norte y oeste, de los cuales aquel es el reinante en semejantes latitudes. La Punta de Anaga, elevada sierra de rocas volcánicas, se extiende naciendo de la isla en dirección nordeste, deteniendo las nubes en su encrespada cima, siendo esta la causa que hace que el cielo esté casi constantemente despejado, diáfana la atmósfera y radiante el sol en los calmosos meses del estío.

Aquellas rocas salvajes, donde apenas crece alguna planta silvestre de raquíca vegetación, descienden precipitadamente en el mar hasta producir un fondeadero bastante respetable por su profundidad, y donde los buques necesitan no pocas brazas para llegar a asegurar sus anclas sin peligro. Esto, y al mismo tiempo la oblicuidad de las capas de lava que en muchas partes visiblemente muestran las rocas de Anaga, han hecho concebir la idea de que el puerto de Santa Cruz no es otra cosa que el cráter de un volcán cuya antigüedad se pierde en la noche de los siglos. Opinión que tiene en su abono la multitud de cráteres que a cada paso se encuentran en las Islas Canarias y el destrozo causado por el fuego y cuyos vestigios aparecen en las superficies y en las profundidades de todos los terrenos, con más o menos visos de antigüedad.

Al sur de esta cordillera y a la misma lengua del agua se levanta la población rodeada de algunas huertas donde crecen como por un lujoso artificio, en un terreno de naturaleza calcárea, algunos pobres árboles que quieren esforzarse inútilmente por dar las gracias a su cuidadoso dueño, prestándole la escasa sombra de sus mustias hojas.

Un muelle que se prolonga a pesar de la profundidad del fondo convida al cansado viajero a echar pie a tierra e introducirse en la población que está pronta a recibirle con aquella franqueza que caracteriza a los hijos de las Canarias.

En medio de los abrazos de nuestros amigos saltamos nosotros, más deseosos de descanso que de simpáticas demostraciones. Así que nuestro primer cuidado fue atravesar el muelle y la espaciosa Plaza de la Constitución sin parar mientes en el triunfo que se levanta al naciente, trofeo de blanco mármol que recuerda la rendición de la isla de Tenerife y sus cuatro menceyes al valor de las armas españolas. Nos dirigimos a una fonda y, mientras nos preparaban el almuerzo, charlábamos amistosamente recordando los últimos instantes de nuestra partida de la Gran Canaria y proyectando motivos de distracción para alejar la monotonía que siempre lleva consigo un viaje por mar, aún cuando sea breve.

Con nosotros viajaba un inglés, el tipo del británico más autógrafo que yo pudiera figurarme. El inglés era el tema de nuestra conversación. Él estaba llamado a serlo también durante el viaje. Nos proponíamos estudiarle como un animal raro, y nos parecía que la suerte nos había deparado el entretenimiento más placentero que ni buscado pudiera hallarse mejor y más a propósito.

Regularmente se cree que un libro es el mejor amigo y que no hay nada tan propio para dejar el hastío que produce un viaje como ir pasando sucesivamente las hojas de papel donde han vaciado sus pensamientos para esclavizar el nuestro y enredarle en el laberinto de sus ideas. Yo hago gracia al que quiera de semejante entretenimiento, y lo que únicamente podré decir es que todas las veces que he llevado conmigo un libro para seguir el consejo apenas he podido sujetar mi imaginación a ideas extrañas, y cuando maquinalmente he vuelto media docena de hojas, me he encontrado tan lejos del libro como metido dentro de mí mismo. No obstante, un gran efecto ha solido causarme el dicho compañero de viajeros, y por ese efecto bien puede recomendarse a los que padecen de insomnio porque es un narcótico, el más eficaz. Para mí el gran amigo del viajero, el más propio para distraer el ánimo y alegrarle hasta el exceso de preferir la vida dentro de un cascarón que sobrenada en medio del océano a la vida tranquila de tierra, es un inglés. Un inglés es un libro vivo y palpitante donde puede estudiarse toda la vida de un pueblo, donde pueden seguirse los más extraños pensamientos que, agitando el cerebro carbonizado de un hijo de la nebulosa Albión, salen a posarse en las extrañas arrugas que un cincel maestro parece ir trazando progresivamente en una cara de hierro.

Por último, nos llamaron a almorzar; ya lo deseábamos, así es que apenas el sirviente se acababa de retirar, nos dirigimos atropelladamente al comedor, en tal estado de escualidez habían quedado nuestros pobres estómagos.

Apenas concluimos, pregunté a mis compañeros:

—¿A dónde vamos? Porque yo creo que ustedes no pensarán en pasar estas cuantas horas mano sobre mano.

—No, no —contestaron unánimemente—. A la calle.

—Yo voy a comprar unas baratijas.

—Yo a hacer dos visitas.

—Yo a ver a los amigos.

—Pues, señores, yo voy al Casino, y de allí a paseo, y luego a lancha. Conque hasta la vista.

Y nos precipitamos por la escalera. El uno se fue a visitas, el otro a sus baratijas, aquel a sus amigos, y yo con dos o tres me dirigí al Casino.

Atravesamos la plaza, doblamos una esquina y nos hallamos en la calle de La Marina. A los dos pasos tropecé con un antiguo conocido, hombre de flema si los hay, amigo de sus amigos, gran corredor de bromas; que no hay trapisonda donde no esté, no hay riña que no deshaga, ni hay bautismo de barrios en que no sea padrino, ni baile de candil al que él no asista, ni gira campestre en que no se halle. No tiene oficio ni obligaciones que le detengan, y sin ser capitalista, ni mucho menos le gustan los caballos, busca y compra los perros de las mejores castas; y para corona y complemento de sus extrañas inclinaciones, mima gatos ingleses y cría pájaros canarios.

Con este amigo mío y otros me asocié en cierta ocasión nada menos que para privar a un vecino del dominio y posesión pacífica de un par de cochinchinas que pura y exclusivamente para su solaz había criado. No sin disgusto y temores se llevó a cabo la usurpación; pero al fin la víctima no tuvo otro remedio que lamentar la pérdida de su querido casad, que del corral pasó a nuestros estómagos en una noche de trueno bajo las verdes copas de unos plátanos. Mi amigo en esta ocasión se portó con su acostumbrada originalidad, participando al dueño de las aves nuestro proyecto antes de su ejecución, aconsejándole que nos sorprendiese, como en efecto lo hizo, y convidándole para fin de fiesta a nuestra cena.

Este solo caso y otros más que pudiera referir aquí pintan desde luego al individuo con que me encontré en la calle de La Marina.

CHAPTER 1

A NIGHT ON BOARD

Benito Pérez Galdós

The sea is turbulent, rough, and as agitated as the people who are about to throw themselves on its mercy.

We were also disheartened, for saying goodbye before leaving for a long journey is unimaginably sad and frustrating. It feels as if some indescribable force started growing in the middle of the chest, blocking our breathing. A sort of forbidden fruit got stuck in our throat and silenced our words.

And we think we are bidding farewell to our friends, but are only trembling like a patient with Saint Vitus's dance instead, stammering nonsense words while we shake our convulsive hands with something we don't know whether it is a hand, a foot or a pebble.

We don't know where to look or how to walk, or whether we're smiling or crying out, for the mouth and the eyes, which are responsible for expressing our emotions, would contract and expand unconventionally, resulting in funny grimaces in our physiognomy that would have those who aren't saying goodbye splitting their sides.

We went down the stairs of the quay.

If we were climbing these cruel stairs instead of descending them, I would certainly have the impression of ascending a scaffold. The guillotine itself will never be as frightening as rough seas.

Then I jumped aboard the boat and felt as if I was sitting in the dock. Oh Lord, what a terrible sway! It bobbed up and down so annoyingly!

When we sailed out of the harbour, the movements of the boat were so violent and constant that I felt even more vulnerable. The crossing made me feel so dizzy I could barely spot my friends waving their white handkerchiefs at the quay.

What I felt while the boat was pitching and rolling violently was so unfamiliar and uncomfortable that it made my stomach spin and I put my hands on my belly almost instinctively.

All my hands did was gripping the gunwale of the boat tightly. All my mouth did was spitting a bitter, sticky liquid; the first symptom of travel sickness. And all my eyes did was longing for the distance between the ship and me to be shorter.

Finally, we reached the steamship, got aboard with difficulty and were shown our cabin. We unpacked our luggage and went up on deck.

It was then that a terrible fight between my stomach and my mind started; the first wouldn't stop churning and the latter would do all that could have possibly been done to comfort it. There's nothing as painful as the feeling that this horrible battle entails. Then, an unbearable, acute and constant pain takes possession of my liver, as if the vulture of Prometheus itself were eating it ferociously. We pretended, unsuccessfully, to behave like stoical seamen who were well used to pull themselves together, and also tried —again, unsuccessfully— to take a stroll around the deck showing no interest in the sea, the ship, the sailors or the rigging, as if we were already acquainted with all these elements. It sounds so insincere to say things like 'Me? I'm not prone to seasickness. Why do you say so?' or 'I don't feel queasy at all.' And the dialogue above always sounds very tedious:

Do you feel sick already?

Not at all, sir. What about you?

Still feeling great. I don't think I'll get seasick.

I'm fine.

However, in the depths of my stomach, which announced the advent of the most terrible cataclysm, I heard a sardonic voice saying 'You *will* feel nauseous...' I couldn't get that voice out of my head, however much I endeavoured not to pay attention to it. I tried to evoke nice memories too, even poetic ones, but my efforts were in vain... I couldn't help it.

Were there any ladies? Yes, but what difference does it make if their good conversation, their gallantry and their exquisite manners are actually helpless to deliver us from such terrible evil? Neither the voluptuous assistants of Venus nor the satellites of Calypso, nor Mythology's whole mob of naiads, nor all the Rhine maidens, nor any of the world's most seductive women from Aspasia and Lais to Ninon de Lenclos and the Lady of the Camellias, would succeed in arousing my interest or raising my spirits.

However, I gathered all my strength, sat up in my seat and tried to start a conversation with a kind young lady from Tenerife who was nearby.

Where are you going to?

To Santa Cruz.

Are you originally from there?

Yes, sir.

You must be really looking forward to meet your family.

Oh, yes! Very much so.

Naturally. Did you like Gran Canaria?

I did, indeed. Quite a lot.

You won't be speaking badly of us, will you?

How absurd! Quite the opposite, actually. You are very kind, very nice and very...

Right, I see.

The conversation centred about music and a demanding voice (mine) insisted that another young lady sitting nearby should sing a *malagueña*; a variety of flamenco. She was funny, pretty and tiny; the type of spiritual, simple person that expresses the naïveté and sharpness and the innocence and flirtatiousness that have inspired Goethe and Victor Hugo to create the characters of Margarita and Cosette, respectively. The Siren, who was probably getting stomach cramps too, still seemed unwilling to sing despite our pleadings.

'I'm really bad at it,' she said.

Don't be so humble!

We are all friends here. I'll sing too if you want me to, but don't deprive us of the joy of hearing your lovely voice.

Lovely voice? Ha ha! But I look like a...

Please, don't make me beg... At least the chorus.

The poor girl, who had had enough of hearing us and wanted to put an end to our whining requests, finally opened her mouth and got ready to meet our needs. We were eager to hear her sing, and all our attention turned to her as the ship set sail. The sea roared, the engine kept its never-ending beat, and the ship moved to and fro like the baton of an orchestra conductor. It was then that we heard the deafening symphony, whose first note resonated when they weighed anchor and did not conclude until the ship anchored again. The wind, the steam, the sheets, the engine, the rudder; everything was subject to the mercy of a mysterious rhythm, resulting in the most bizarre harmony that has ever been heard.

I was becoming aware of all these things as the first symptoms of seasickness appeared and I gripped the gunwale 'to pay tribute to Neptune', as a Jesuit who accompanied us had said.

We went down to the cabins; true dungeons intended to be the stage onto which we would display our suffering. Each of us headed for our own cabin, willing to get some sleep and determined to escape seasickness.

I could barely move in that sort of unhealthy, narrow coffin. Releasing drops of sweat the size of hazelnuts, I rested on a hard mattress that is on a par with the famous *paillasse* upon which lay the beaten limbs of the nobleman of La Mancha the terrible night he came across the inhabitants of Yanguas. I fidgeted about on that cubbyhole, unable to sleep, however much I longed for it and tried to get rid of the unruly chyle that tormented my stomach.

How distorted becomes our habitual symmetry during these terrible moments! What a disgusted expression! How violent are the muscular contractions that come with that painful, sickening and uncontrollable hiccup caused by the dizziness! How bitter are the tears we weep during this fatal trance!

During similar situations, I usually try to picture the most beautiful and picturesque scenes, evoking something completely different to my personal depiction of the sea and its painful vicissitudes.

In my opinion, the simple pleasures of the countryside are diametrically opposed to the nightmarish scene of the sea, however poetic it may sound. So I closed my eyes and imagined a lovely country house, a leafy tree, a handful of flowers, a cow, a dog, and while drawing this beautiful picture, I depicted myself as the inhabitant of this paradise. I endeavoured to trick my own senses by imagining different scents and different sounds that resonated in my head. I somehow wanted to stop the swaying movement of the ship with my trembling hands. But all the efforts my imagination had made were useless; suddenly, a loud noise reverberated through the cabin. The sleepiness that had already started to overtake me just vanished, and the house of cards of my rural fantasies collapsed, for these fantasies, however beautiful, are always topsy-turvy fantasies; they occur on the

high seas, with a moving sky above our heads and an unsteady deck that seems to be playing hide-and-seek with our feet.

After that horrendous night went by, the *Almogávar* finally docked at the port of Santa Cruz. Although we were aware that in a few hours we will be enduring a longer and more gruelling crossing, we were happy to be back on land.

We didn't see our beautiful fellow travellers again; Santa Cruz had already captured all our attention with its wide streets, bursting with people. In the following chapter, I will do my best to describe the physiognomy of the cultured capital of the Canary Islands.

CHAPTER 2

NINE HOURS IN SANTA CRUZ DE TENERIFE

Teófilo Martínez de Escobar

I'm not sure whether I should describe to my readers what the port of Santa Cruz and its harbour represent so that they can have a fair idea of the physiognomy and idiosyncrasy of the capital of the Canary Islands. Anyway, let's do it.

The port of Santa Cruz is nothing but a roadstead across which all sorts of wind blow except those coming from the north and the west, of which the first is the prevailing wind in these latitudes. *Punta de Anaga*, a high mountain range formed by volcanic eruptions, stretches to the north-eastern tip of the island and so prevents the clouds from crossing its rugged peaks. This explains why the city usually enjoys a translucent atmosphere with clear blue skies and why the sun shines so brightly during the calm summertime.

Those wild cliffs, where the sparse and stunted vegetation can barely grow, slope down sharply to the sea, thus creating quite a safe and considerable anchorage with regard to depth; here, quite a few fathoms are needed to anchor the ships safely. This fact, coupled with the obliquity of the igneous rocks that can be seen in *Anaga*, has led to the conclusion that the port of Santa Cruz is nothing but the crater of a volcano dating back to nobody remembers exactly how many centuries. This opinion is based on the tons of craters that can be found in every inch of the Canary Islands and on the destruction caused by the lava, whose remaining traces belong to various periods and can be found both on the ground and in the depths of the earth.

In the southern part of the mountain range, near the coastline, is the capital city. It is surrounded by some orchards where unfortunate trees grow skilfully in chalky soils and strive vainly to thank their considerate owners by providing the insufficient shade of their withered leaves.

A quay that extends for a fair distance despite the great depth of the sea encourages the exhausted traveller to put their feet on the ground and make the acquaintance of the local population, who's always ready to welcome them promptly; with the characteristic frankness of the progeny of the Canary Islands.

While our friends were embracing their loved ones, we leapt ashore; we were more interested in having a rest than in displays of affection. Then, our sole intention was to cross the quay and the large Constitution Square, without even reflecting on the triumph facing the east; a white marble trophy that commemorates the time when the island of Tenerife and its four *menceyes*, or aboriginal kings, surrendered to the Castilian conquerors. We got into a small restaurant and, while they cooked our meals, we had a friendly chat about the moments before our departure from Gran Canaria, trying to take our minds off the monotony inherent in every voyage, even in the shortest ones.

An Englishman had also travelled with us. He was the most singular character I could have never imagined, and the topic of our conversation at that moment, as well as during the crossing; we were determined to look into him as if he were a strange creature. Apparently, destiny had brought us the most pleasant entertainment, which came as a godsend that couldn't be more suitable and spontaneous.

It is commonly believed that books are our best friends and that there is no better remedy to relieve the boredom of travelling than turning the leaves of paper into which someone has emptied their mind to enslave our own and entangle it in the intricate web of their ideas. I find it amusing to see people enjoying such pastimes; in my case, every time I have taken a book with me after someone recommended me to do so, I have barely been able to picture somebody else's ideas in my own mind properly, and once I've flipped through half a dozen pages almost mechanically, I've found myself as distracted from the story as I was engrossed in my own thoughts. However, this peculiar travel partner has certainly had an effect on me, which I think is the reason why it may be highly recommended to those who suffer from insomnia, for it is definitely the most effective narcotic. In my opinion, a traveller's best friend is an Englishman; the most suitable partner that can raise their spirits to such an extent that they would prefer living inside an eggshell floating in the middle of the ocean to the quiet life of the land. An Englishman is a throbbing, living book that enlightens us about the whole history of a nation and contains the strangest ideas that, through shaking the charred brain of a son from the foggy Albion, end up landing in the strange wrinkles that a master chisel seems to be progressively tracing on an iron face.

Finally, we were told that the long-awaited lunch was ready. Hardly had the servant left when we hurried

quickly to the dining room; imagine how empty must have been our stomachs.

As soon as we finished eating, I asked my mates what their plans were:

Where are we going next? You won't be expecting to spend these few hours idling, are you?

'No, no,' they replied unanimously. 'Let's go out.'

I'm going to buy some trinkets.

I'm going to pay two visits.

I'm going to meet some friends.

Well, gentlemen. Then I'm going to the *Casino*, and from there to have a walk and then to the boat, so I'll see you all later.

And so we rushed downstairs; one person proceeded to pay his visits, other person went to buy his trinkets, a third person went to meet his friends and me and two or three more people headed towards the *Casino*, the social club of the city.

We crossed the square, turned the corner and arrived at La Marina Street. In just two steps forwards, I bumped into an old acquaintance, a phlegmatic man, if any; a good friend to his friends who's truly fond of practical jokes. There is no quarrel in which he is not involved, no argument that he doesn't settle, no suburban christening where he isn't the godfather, no village dance he doesn't attend, no outing he doesn't go to. Since he's not bound by any job or responsibility, and although he's not a capitalist, much less a horse lover, he buys the best breeds of dogs. And on top of all these bizarre inclinations, he pampers English cats and breeds canaries.

It was with this friend and some other people that I once joined forces to deprive a neighbour of the peaceful possession of a couple of Cochins he had only bred for his own amusement, no less. 'Pleasant' and 'smooth' wouldn't be the accurate adjectives to describe the usurpation that was carried out. However, in the end, the victim had no alternative but to mourn the loss of his beloved hen, which passed from the poultry yard to our stomachs on a stormy night while we took shelter under the green tops of some banana trees. On that occasion, my friend acted as peculiarly as usual; he had informed the owner of the chicken of our plan before we executed it, advised him to catch us off-guard —as he finally did, indeed— and invited him to the grand finale of our dinner.

This story and many more that I could refer to here describe very faithfully the person who I bumped into at La Marina Street.

GENTILEZA

Este libro electrónico ha sido producido con la gentileza de:



canarias Cam 1935
eBook

EDICIÓN ESPECIAL I CENTENARIO GALDOSIANO